

*Formación Permanente - Español 2022*

## **Con Charles de Foucauld y Daniel Comboni a la Escuela de la Sagrada Familia de Nazaret**

**P. Carmelo Casile**

La canonización del beato Charles de Foucauld, que tendrá lugar el 15 de mayo de 2022, nos ofrece la oportunidad de comparar su extraordinaria vida misionera con la vida igualmente extraordinaria de san Daniel Comboni. El uno y el otro consagran su vida a la misión en África: llegan allí de diferentes caminos y trabajan con diferentes estilos de vida misionera; pero en su camino como discípulos misioneros es claro que ambos son impulsados por la Caridad del Corazón de Cristo que arde en sus corazones y animados por el espíritu de la Sagrada Familia de Nazaret.

En efecto, el beato Charles de Foucauld convirtió el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret en el centro de su experiencia espiritual; su vida es una exégesis existencial de este misterio, que dio lugar a un estilo de vida que es estimulante para todo cristiano.

Para nosotros, misioneros combonianos, es particularmente útil tener un enfoque con los rasgos fundamentales del estilo de vida de este discípulo de Jesús, para comprender la lección misionera que, bajo su guía, nos llega de la contemplación del Misterio de la Sagrada Familia de Nazaret; al mismo tiempo, nos ayuda a comprender más profundamente el significado misionero del vínculo particular que san Daniel Comboni ha cultivado con la "Tríada Santísima" de la Sagrada Familia y que ha influido en su actividad apostólica y de animador de la Familia misionera que fundó.

Charles de Foucauld nació en Estrasburgo en una familia noble el 15 de septiembre de 1858, mientras que Comboni estaba en la estación misionera de S. Croce en el corazón de África, donde vivió con intensa participación apostólica el primer contacto con África y donde pronto fue golpeado por ataques de fiebres intermitentes, que lo llevaron varias veces al borde de la tumba, por lo que, por obediencia, tuvo que ser repatriado (17 de junio de 1859).

Charles de Foucauld, tras haber perdido a ambos padres a los seis años, vivió una juventud desquiciada, "sin negar nada y sin tener nada que creer", comprometiéndose solo en la búsqueda de la propia ventaja. Se embarcó en una carrera militar, pero fue dado de baja deshonrosamente "por indisciplina agravada por el mal comportamiento". Luego se dedicó a viajar, explorando un área desconocida de Marruecos, hazaña que le mereció una medalla de oro de la Sociedad de Geografía de París. Regresó a su tierra natal **sacudido por la fe totalitaria de algunos musulmanes conocidos en África.**

Es un conocimiento que lo acerca al cristianismo y se convierte radicalmente, aceptando acercarse al sacramento de la confesión por primera vez: aquí descubre a ese Dios misericordioso y tierno al que siempre había buscado sin saberlo.

"Dios construye sobre la nada" - declaró Charles de Foucauld - "Es con su muerte que Jesús salvó al mundo; es con la nada de los apóstoles que fundó la Iglesia; es con la santidad y en la nada de los medios humanos que el cielo es conquistado y que la fe se propaga". Puede hablar así porque ha experimentado ser nada. Y en el fracaso total Dios lo encuentra en el desierto entre los árabes.

Decidido a "vivir solo para Dios", entró primero entre los monjes trapenses, pero se fue después de unos años para ir a Tierra Santa y vivir allí como Jesús, en la pobreza y el ocultamiento. Ordenado sacerdote, con la intención de poder celebrar y adorar la Eucaristía en la zona más remota del mundo, regresó a África, se instaló cerca de un oasis del Sahara profundo, vistiendo una sencilla túnica blanca, en la que había cosido un corazón rojo de tela, coronada por una cruz. A cristianos, musulmanes, judíos e idólatras, que pasaban por su oasis, se presentaba como "hermano universal" y ofrecía hospitalidad a todos. Más tarde se adentró aún más en el desierto, llegando al pueblo tuareg de Tamanrasset. Pasó trece años lidiando con la oración **(a la que dedicaba once horas al día)** y

componiendo un enorme diccionario de idioma francés-tuareg (que todavía se usa hoy), útil para la futura evangelización.

Él proclama el Evangelio a los Tuaregs, sirviendo y ayudando a los pobres del Sahara: es más pobre que ellos, pero la puerta de su casa siempre está abierta, los instruye y los defiende de los malandrines. Y durante un asalto de los malandrines fue asesinado en la noche del 1 de diciembre de 1916: estaban buscando su tesoro, del que a menudo hablaba. No entendieron que ese tesoro era Jesús en el Tabernáculo. Charles de Foucauld había hecho de la Eucaristía el centro de su existencia.

Cerca de su cadáver se encontró la lúnula de su custodia, casi como una última adoración.

En su dedicación misionera, Charles de Foucauld tiene como compañera y modelo a la Virgen María. Al igual que María, quien, llevando a Jesús escondido en su vientre, lo llevó a la casa de Zacarías y la santificó, también Charles de Foucauld se sintió llamado a traer a Jesús en la Eucaristía y en el Evangelio entre los pueblos que todavía no lo conocen, tratando de ser el hermano de todos, de estar cerca del otro, yendo a las periferias del mundo, como en ese momento eran los Tuaregs.

Vivía esta misionariedad centrándola en la oración de intercesión, para que todos se salven.

Del perfil biográfico de Charles de Foucauld podemos identificar tres rasgos peculiares de su espiritualidad: en primer lugar, **la fraternidad**, es decir, poner el centro de la vida *en la relación con el Señor Jesús*, de modo que el "yo" y el "tú" se pueda buscar y encontrarse en Él, quien a través de su Espíritu es el nudo que mantiene la vida unida y crea el "nosotros" de los hermanos, que viven el uno para el otro, el uno con el otro; en segundo lugar, **el testimonio cristiano**, que es ser nosotros mismos Evangelios vivientes y atestiguarlo con la vida, con la forma de hacer; y finalmente ser **el próximo, Eucaristía para los demás**, un regalo para los demás: ser un regalo en las comunidades eclesiales y religiosas, en la vida familiar, en el trabajo, en el encuentro y en las relaciones con los demás, en el diálogo entre religiones, culturas ... . Está aquí el fundamento y la cumbre de la vida cristiana y, en particular, del discípulo misionero.

Por lo tanto, traer a Jesús de acuerdo con el estilo de Nazaret no es en primer lugar predicarlo, sino que es "convertirse en un Evangelio viviente", gritarlo con la propia vida, luego una vida evangélica, una forma de vida, una forma de comportamiento que suscita algunas preguntas en los otros: - Quien eres ¿Por qué eres así? ¿Por qué operas, lo haces así?

Ahora, a la luz de la vida de Charles de Foucauld vivida bajo el estandarte del Misterio de la Sagrada Familia de Nazaret y del Corazón de Jesús, podemos captar más profundamente las riquezas espirituales que Comboni recibe del vínculo con la "Santísima Tríada" de la casa de Nazaret, en particular con el Corazón de Jesús desde su concepción en el vientre de la Madre hasta la cumbre del Calvario.

La vida espiritual de ambos es ciertamente peculiar y se expresa en un estilo bien caracterizado de vida misionera: **Charles de Foucauld** estaba fascinado por la vida que "vivió la Sagrada Familia de Nazaret", por lo que comenzó una vida al "estilo de Nazaret", basado en la oración, el silencio, el trabajo manual y la asistencia a los pobres, y se fue a vivir a un pueblo africano; **Daniel Comboni**, llevado por su ímpetu misionero, en su escudo de armas episcopal, llevaba todo el continente africano, coronado por los Corazones de Jesús y María, para indicar el amor con el que quería envolverlo por completo.

Los dos tienen, por lo tanto, una pasión misionera común por África, que nace del Corazón de Jesús y se nutre del Misterio de la vida de la Sagrada Familia de Nazaret, pero que cada uno vive con su propio estilo.

**Charles de Foucauld** hizo todo lo posible para expresar y proponer su experiencia también a través de escritos específicos y, basándose en esta experiencia y en los escritos, han surgido diversas experiencias religiosas; **por su parte, Comboni** vive una profunda experiencia espiritual, pero la expresa, con claridad y entusiasmo, solo en los contactos normales de la vida con el único propósito de dar razones de su enérgica acción como Apóstol de África y motivaciones sólidas a su trabajo como Fundador.

El núcleo de la experiencia religiosa de ambos es el Corazón de Jesús. Sin embargo, cada uno lo vive a su manera: **Charles de Foucauld** hace la vida de un ermitaño en el desierto entre los Tuaregs, dividiendo el tiempo entre la adoración eucarística acompañada de la contemplación del Evangelio y el servicio y asistencia a los pobres a su alrededor.

**Comboni** vive la experiencia del Corazón de Jesús "en el camino", alimentándose de la contemplación de los Misterios de la vida de Jesús, que hacen que Comboni participe en el viaje del amor de Jesús por la humanidad "*desde su formación ... desde la cuna sagrada de Belén*" hasta el Sepulcro del Crucificado-Resucitado en Jerusalén: S 3323.

Para Comboni, el Corazón de Jesús es la energía "*de esa Caridad encendida con divina Llamada*" que brotó del Corazón traspasado de Cristo, lo que lo impulsa a cruzar el desierto siete veces para llegar a los más pobres y abandonados de África Central y convertirlos en protagonistas de un proceso de "regeneración".

Presente en su vida desde su juventud, profundizada en la peregrinación a Tierra Santa, la presencia del Corazón de Jesús explota en la vida de Comboni en la introducción del "Plan para la regeneración de África", *que concibió en los momentos de sus "más cálidos suspiros" hacia la Nigrizia, cuando no puede resistir a la idea de verla abandonada a su desolación y siente la urgencia de abrir un camino seguro para finalmente ofrecerle el abrazo cristiano de "paz y amor"*: E 2754 y 2742.

Otro punto de encuentro muy significativo entre la experiencia religiosa de Charles de Foucauld y la de Daniel Comboni se puede encontrar en el texto de las Reglas de 1871, en el que Comboni propone la vida comunitaria al misionero a la manera de "un pequeño cenáculo de apóstoles" (E 2648) como una escuela para la vida misionera (E 2737) y le sugiere la necesidad de asumir la psicología de "**una piedra escondida bajo tierra**" (E 2701).

Aquí la propuesta de Comboni tiene características de profundidad cercanas al estilo de vida que "vivía la Sagrada Familia de Nazaret", y que fascinó a Charles de Foucauld.

De hecho, desde la perspectiva de Comboni, una vida de "piedra escondida bajo tierra" no es en absoluto una vida resignada o puramente formal, sino una vida inmersa con Cristo en Dios, es decir, involucrada en los misterios de la aniquilación del Verbo Encarnado, que culmina en el Traspasado-Resucitado; por lo tanto, una vida en la que Comboni acepta que el Dios-con-nosotros anunciado por el Ángel en Nazaret y elevado sobre el Monte Gólgota, lo encierre en su Corazón. Es, por lo tanto, una vida completamente activa, hecha creativa por la obediencia como lo fue la de los "**tres objetos queridos**" de la familia de Nazaret.

En esta perspectiva, una vida de "piedra escondida bajo tierra" se remonta a dos actitudes básicas, que caracterizan la experiencia religiosa de Comboni. **La primera** es la de la confianza radical en Dios; confianza que se convierte en obediencia sin temor a que la obediencia a Dios quite algo de la responsabilidad y la libertad del hombre. Y **la segunda** es la del amor por los hombres y, por lo tanto, de una existencia que se convierte en una existencia "para", es decir, una existencia que no pone en el primer lugar la necesidad de defenderse, de afirmarse, sino que se ocupa de los otros, de la vida y del bien del otro, hasta el punto de poner en juego a sí mismo. Así,

*"el Misionero de la Nigrizia, desnudo por completo de sí mismo, y privado de todo humano consuelo, trabaja únicamente para su Dios, para las almas más abandonadas de la tierra, para la eternidad. Con la mira puesta tan sólo en su Dios, que le sirve de impulso, tiene en todas las circunstancias con qué sostenerse y nutrir abundantemente su corazón... Y su espíritu no pregunta a Dios las razones de la Misión de El recibida, sino que trabaja confiado en su palabra y en la de sus Representantes, como dócil instrumento de su adorable voluntad, y en todas las circunstancias repite profundamente convencido y con viva exultación: servi inutiles sumus; quod debuimus facere fecimus (Lc 18)." (E 2702).*

En este punto, el testimonio de un grupo de novicios que vivieron el noviciado en Venegono Superiore (2003-2005), comprometidos a aprender la lección comboniana de la "**piedra escondida bajo tierra**", puede ser significativo.

### «... ser una piedra escondida bajo tierra ...

Un montón de arena debajo del altar. A cada uno una piedra en la mano para enterrar.

Así comenzamos el noviciado: una misa para celebrar nuestra entrada en un camino de iniciación con un tono un tanto paradójico: desaparecer, desaparecer.

Además, Comboni nos había dicho: "*En una palabra, el Misionero de la Nigrizia debe con frecuencia reflexionar y meditar que él trabaja en una obra de altísimo mérito, sí, pero sumamente ardua y laboriosa, para ser una piedra escondida bajo tierra que quizá nunca saldrá a la luz...*" (E 2701)

... y todo esto lo hemos emprendido con no poco miedo! "¿A dónde nos llevará este camino?", "¿Qué significa todo esto?", "Pero ¿qué hemos venido a hacer en un castillo?!".

Simplemente era confiar: creer que, si estábamos allí, significaba que este era nuestro lugar. No con la pasividad de quienes obedecen, pero no creen en ella, sino con la fe de quienes creen que en el noviciado no solo se habría cumplido la voluntad divina, sino que la presencia de Dios nos habría sido dada.

La misión a menudo nos había hablado del sol de África, de los pobres que te explican el evangelio, de noches de insomnio en nombre de la paz, de pobreza radical preparada para el martirio, de manos sucias que comparten todo.

En el noviciado se nos pidió acercarnos al silencio, tratar de saborear lo que tenía la desnudez: entrar al mundo de Dios que te pide que lo dejes *todo* para Él.

Así nos dimos cuenta de que nuestra casa estaba habitada por el miedo, la ira, el orgullo, la culpa, un sentido de inferioridad y muchos otros huéspedes que apenas habíamos conocido. Vivían en nuestra casa y tuvimos que mirarlos a los ojos y decirles "Sí, también hay espacio para ti". Ellos también tenían derecho a estar allí. Y entonces escuchamos el golpe en la puerta, la aceptación, la disponibilidad, la esperanza. Un día tocó a la puerta la duda y la hemos hecho sentarse. Mas al día siguiente surgió el coraje... y nos levantamos y caímos ... subimos y bajamos ...

Nuestro viaje fue un intento de entrar cada vez más *en el presente*. Dios sabe si hemos tenido éxito.

Hemos caminado para descubrir que, si en un momento dado el Señor nos pide que estemos en cierto lugar, que realicemos una determinada acción, es porque Él mismo nos espera allí. En ese contexto preciso lo encontraremos y, si lo buscamos en otro lugar, no lo encontraremos. El Señor nos espera allí para ofrecernos su compañía, para entregarse completamente a nosotros. El lugar y el tiempo dejan de ser importantes: lo que importa es solo la presencia a Dios y de Dios. Así es como la misión ya no es *un dónde* estás, sino *un cómo* estás. El presente se convierte en nuestra única salvación, la única porción de tiempo en la que podemos ejercer nuestra influencia. Mientras que el pasado y el futuro se nos escapan, solo el momento presente es un poco nuestro, listo para dejarse desmallar de la cadena de nuestras acciones, de nuestros pensamientos, de nuestros proyectos para estar cubiertos de maravilla e infinita belleza.

Entonces escuchamos a Dios tocando a la puerta y encontramos una nota que decía: "*Te quiero todo para mí, hacemos yo y tú una cosa sola: serás mi esposo*".

La consagración para nosotros es esto: casarse con Dios, entregarse solo a él, como pobres, castos y obedientes, día a día, en un noviciado que continúa.

Y la señal de que el desierto dura toda la vida estará en la pobreza de la ceremonia, que solo verá la compañía de nuestros parientes más cercanos; en la castidad del silencio, que huye del centro de atención y acoge con beneplácito el protagonismo de Dios y en obediencia al presente, que nos invita a celebrar nuestros primeros votos.

Es el fruto de un viaje de la vida cotidiana llevado a cabo en una intensa vida comunitaria, marcada por la oración personal y coral; en el servicio con los pobres (inmigrantes, drogadictos, ...) y en actividades de animación misionera en parroquias, escuelas y en la casa, con motivo de las actividades relacionadas con el Nacimiento.

Hemos vivido todo tratando de sentirnos parte de la Iglesia, nuestra gran comunidad, con la certeza de que, el día de nuestra primera profesión religiosa, el Espíritu Santo nos hará presentes a cada hombre, lejos y cerca, en la comunión de Jesús.

Por un futuro de piedras escondidas.

### ***Los novicios***

\*\*\*

Existe otro punto de encuentro entre la experiencia religiosa de Charles de Foucauld y la de Daniel Comboni; lo encontramos en su relación con la Virgen María, a quien toman como compañera y modelo de vida misionera.

Con respecto a Charles de Foucauld, ya hemos mencionado cómo María fue una presencia ejemplar en su vida como discípulo misionero.

Con respecto a Comboni, imaginemos de encontrarlo y pedirle que nos cuente sobre su relación con María, tal vez lo haría así:

«He recorrido mi peregrinación misionera marcada por el encuentro y en compañía de María, la madre del Señor, “rostro materno de Dios”, presencia inefable de un amor que se entrega constantemente. Ella tiene un lugar privilegiado en mi vida, porque es Madre de los apóstoles, Precioso consuelo del Misionero sobre el cual vela para defenderlo de los peligros, Estrella Matutina del misionero que se adentra en el corazón de África, Maestra en las dudas, Salud y fortaleza en las enfermedades, Guía en los viajes, Luz de los errantes, Puerto de los que están en peligro.

Es la piadosa Reina y la Madre amorosa de la Nigricia, la madre de los Africanos, de los crucificados de ayer y de hoy sobre el Gólgota del mundo, donde los recibe como hijos quedándose de pie al lado del Hijo Crucificado, para librarlos de la desgracia y sumergirlos en las alegrías de la fe, da la esperanza y de la caridad.

La vivo como la Inmaculada, la “mujer sin pecado, la “toda santa”, la “toda pura”, “prodigio de la gracia de Dios” y “milagro de la omnipotencia divina”, “santuario de la Trinidad” e imagen ideal de la humanidad, signo de la vida verdadera, “tierra prometida” a la Nigricia; aquella Nigricia que se perfila a mi mirada como perdida en una “niebla de misterio” que la vuelve “una viva imagen de la desolación de una alma abandonada por Dios”, pero que, acogiendo a Cristo, será en la Iglesia la “perla bruna”, que brilla engarzada en la diadema de la Inmaculada.

Viviendo en su compañía, María – *Hija predilecta del Eterno Padre, morada del Eterno Hijo, habitación inefable del Eterno Divino Espíritu* (E 4003) - me enseña qué cosa es ser Templo de Dios, ermita interior donde se vive sin interrupción la comunión con las Personas divinas de la Trinidad, casa donde el diálogo con Dios y la oración para el adviento de su Reino es incesante.

María, la virgen del “Sí”, la fiel Sierva del Señor que tiene la clave del Corazón de Jesús y lo tiene siempre abierto, tiene abierto también el mío, derramando en él el deseo de la escucha de la Palabra, la pedagogía del servicio, de la piedra escondida que quizá nunca vendrá a la luz, la pasión de hacer causa común con los Africanos, en una actitud de respeto y de confianza en ellos, que me ponga a servicio de su capacidad de ser protagonistas de su propia regeneración.

La compañía de María me revela todavía la dignidad y la habilidad de la mujer y la indispensable función de los ministerios femeninos en mi ardua misión. Atribuyo a la presencia de María en mi vida el hecho que soy yo el primero que ha hecho participar en el apostolado de África Central “el omnipotente ministerio de la mujer del Evangelio, y de la Hermana de la Caridad, que es el escudo, la fuerza, y la garantía del ministerio del Misionero” (E 5284).

El encuentro con María me hace recordar que el inicio de mi vida cristiana está ligado a los gestos y a la piedad de una mujer sencilla, cuando “pequeño aprendía a hacer la señal de la cruz sobre las rodillas de mi madre” (Cf. E 342). Desde esta experiencia que me relaciona a María a través de la figura de mi madre, nace en mí la convicción de la necesidad de la formación de la mujer africana, porque de ella depende en gran parte la regeneración de la grande familia de África"». (De: *¿Daniel Comboni, de dónde vienes? El certificado di garantía de su vida y de su mensaje – in Comboni.org*).

**En conclusión**, dejémonos llevar por San D. Comboni y por el Beato C. de Foucauld a la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret y allí, en compañía de María y José "fijemos la mirada en Jesús, en el iniciador y consumidor de nuestra fe" (Heb 12,2).

De hecho, Jesús es «la clave, el centro y el fin de toda la historia humana ... Es el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina. [...] Con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre, nos mereció la vida» (GS 10 y 22).

**Casavatore**, septiembre-diciembre de 2016